

ECATEPEC Y SUS CUERPOS (DE AGUA) DESAPARECIDOS: TERRITORIO DE ESPERANZA Y SACRIFICIO

*ECATEPEC AND ITS DISAPPEARED (WATER) BODIES:
TERRITORY OF HOPE AND SACRIFICE*

Ariana Mendoza Frago

Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6354-5433>
arianamendoza@sociales.unam.mx

RESUMEN

En este artículo muestro cómo el municipio de Ecatepec de Morelos, al nororiente del Valle de México, ha sido producido históricamente como un territorio en sacrificio; esto a partir de una revisión documental sobre sus reconfiguraciones territoriales, así como de recorridos etnográficos realizados entre los años 2018 y 2024 en las inmediaciones de su infraestructura de drenaje a cielo abierto y colonias vecinas a éstas. Muestro cómo, a diferencia de otros territorios de América Latina que han sido estudiados, no estamos ante la producción de un territorio en sacrificio a partir de un proyecto extractivo, sino por un proyecto de desechabilidad iniciado en la Colonia y que, sin embargo, es funcional a la acumulación de capital contemporánea. Este proyecto puede entenderse también como un proyecto de desaparición, que implica desde los cuerpos de agua que habitaron la cuenca todavía hace algunas décadas y que fueron drenados gracias a la infraestructura de drenaje, hasta los cuerpos de mujeres jóvenes y niñas que habitan esta periferia en la actualidad. Argumento que

en los cuerpos de estas personas que buscan, son buscadas y aquellas que son encontradas sin vida en los canales, se inscribe y sedimenta la historia de despojos y violencias múltiples, por medio de las cuales ha sido construida esta periferia de la ciudad. Por último, planteo que, desde la experiencia de los sectores populares que habitan este territorio de sacrificio, paradójicamente, éste también ha sido y/o puede entenderse como un territorio de esperanza.

Palabras clave: Ecatepec, desagüe, cuerpo-territorio, violencia, agua, ciudad.

ABSTRACT

In this article I show how the municipality of Ecatepec de Morelos, in the northeast of the Valley of Mexico, has been historically produced as a territory in sacrifice; this from a documentary review of its territorial reconfigurations, as well as ethnographic walks conducted between 2018 and 2024 in the vicinity of its open-pit drainage infrastructure and neighboring neighborhoods. I show how, unlike other territories in Latin America that have been studied, we are not facing the production of a territory in sacrifice based on an extractive project, but by a project of discardability initiated in the colonial times and that, nevertheless, is functional to contemporary capital accumulation. This project can also be understood as a project of disappearance, which involves from the bodies of water that inhabited the basin even a few decades ago and that were drained thanks to the drainage infrastructure, to the bodies of young women and girls that inhabit this periphery today. I argue that in the bodies of these people who seek, are sought and those who are found lifeless in the canals, is inscribed and sedimented the history of dispossession and multiple violence, through which this periphery of the city has been built. Finally, I propose that, from the experience of the popular sectors that inhabit this territory of sacrifice, paradoxically, it has also been and/or can be understood as a territory of hope.

Keywords: Ecatepec, drainage, body-territory, violence, water, city

INTRODUCCIÓN

En 2018, en medio de una investigación que realizaba en torno al aeropuerto que en ese entonces estaba construyéndose en la Zona Federal del ex Lago de Texcoco, estuve recorriendo con un par de colegas el lado norte de esta zona, a alturas de la planta de evaporación solar el Caracol, llamada así por la forma que adquiere desde las alturas, pues es parte de una vieja infraestructura para la producción de sosa cáustica que aprovechó industrialmente el lecho parcialmente drenado del lago de Texcoco durante toda la segunda mitad del siglo pasado. Rastreando las huellas de aquel antiguo cuerpo de agua, convertido ahora en tubos, bordos, bombas y canales, recorriamos la calle Canal de la Draga, en la colonia Sagitario del municipio de Ecatepec de Morelos,¹ la cual corre paralela al canal al que debe el nombre, y conecta las aguas negras acumuladas en el Caracol con el Gran Canal de Desagüe² que se encarga de conducir las hasta Zumpango, donde son expulsadas de la cuenca. Nos encontrábamos observando este flujo de aguas negras, tratando de descifrar su acceso al Caracol, cuando un grupo de dos adolescentes y un niño que tenían ya algunos minutos observándonos, se acercaron a preguntarnos qué hacíamos ahí. Sin dejarnos responder, preguntaron algo más: si acaso nos encontrábamos “buscando un cuerpo”.

Llevaba alrededor de diez años estudiando los flujos de agua que salen y entran al Valle de México que causan y resuelven simultáneamente problemas al interior y fuera de esta cuenca. Había leído bastante sobre el proceso de desecación de los lagos que fundaron esta ciudad, sobre las infraestructuras monumentales que se han construido para deshacerse dramáticamente del agua que se acumula en la ciudad y aquellas que también se han construido para

¹ En adelante me referiré a éste sólo como Ecatepec.

² En adelante me referiré a éste sólo como Gran Canal, la forma más usada de nombrar a esta infraestructura entre la población.

acarrear el agua interceptada y arrebatada violentamente a otros territorios. No obstante, éste ha sido uno de los momentos más significativos en que estos flujos entremezclados de agua y violencia se encarnaron en mí, provocándome miedo y una profunda tristeza.

La pregunta me sorprendió. Donde mis colegas y yo tratábamos de entender la infraestructura y el agua, los habitantes se preguntaban otros asuntos. Debo decir que incluso la pregunta me perturbó, pero no tanto por ésta en sí misma, sino, sobre todo, por la naturalidad con la que se formuló, además porque venía de personas vecinas al Gran Canal, personas muy jóvenes. Este encuentro me llevó a pensar e indagar sobre: ¿qué más traen consigo estos flujos de agua negras? ¿Qué desechos materiales y simbólicos se condensan ahí? ¿Qué tan violentos son estos flujos?

Indagando en la web, comencé a darme cuenta de la cantidad de hallazgos de restos humanos que se encontraban frecuentemente en los canales de aguas negras que cruzan el territorio de Ecatepec. En el mismo año en el que el relato anterior sucedió, la periodista Lydiette Carrión (2018) publicaba su libro *La fosa del agua. Desapariciones y feminicidios en el Río de los Remedios*, en donde documenta las desapariciones de al menos diez adolescentes que vivían y/o fueron vistas por última vez en la zona que conecta los municipios de Ecatepec y Tecamac, en el Estado de México. Misma zona en la que corre a cielo abierto el Gran Canal. Misma zona que las investigaciones sobre estas desapariciones han llamado “zona cero”, dada la cantidad de hallazgos de fragmentos de cuerpos humanos encontrados. Misma zona donde, según la investigación judicial, miembros de la banda criminal relacionada a estas desapariciones declararon haber arrojado varios cuerpos de mujeres, casi todas ellas adolescentes. Misma zona donde nací y crecí, en donde vive mi familia, hermanas, primas, sobrinas, un pueblo que era rural durante mi infancia, en la década de los noventa, cuyas tierras de cultivo colindaban con este canal que hoy, así como pasa desapercibido, retomando las palabras de Carrión (2018, p.231), también –o

precisamente por esto– “escupe”, junto a basura y lodos negros, “restos embolsados y descuartizados”.

Debo decir que, como estudiosa del agua del valle de México, pocas veces me he sentido tan implicada en este tema como a partir de esta coyuntura. ¿Cómo es que el agua y las infraestructuras logran cruzarse, tocarse tan de cerca con temas como la muerte y la violencia? ¿Cómo es que estos violentos flujos de agua corren tan cerca de mi hogar y yo no los podía ver?

A partir de una revisión documental sobre la historia de reconfiguraciones espaciales del municipio de Ecatepec y de las obras de desagüe del Valle de México, sobre todo del Gran Canal; así como de distintos recorridos etnográficos por las colonias ecatepenses vecinas a esta infraestructura, realizados entre los años 2018-2019, pero de manera más intensa de noviembre de 2023 a mayo de 2024, en este artículo nuestro cómo Ecatepec se ha construido históricamente como un territorio de sacrificio y cómo en los cuerpos de estas personas que buscan, son buscadas y aquellas que son encontradas sin vida en los canales, se inscribe y sedimenta la historia de despojos y violencias múltiples, por medio de las cuales ha sido construida esta periferia de la ciudad.

LA HERIDA ABIERTA DE ECATEPEC: EL GRAN CANAL DE DESAGÜE

Al norte del Valle de México, una vez pasando la frontera que delimita administrativamente el territorio de la Ciudad de México y del Estado de México, una zanja de unos 60 metros de anchura por la que corren aguas negras, se acumula basura y se encostran lodos, se yergue dividiendo impresionantemente el territorio del municipio de Ecatepec (Figura 1).

ECATEPEC Y SUS CUERPOS (DE AGUA) DESAPARECIDOS:
TERRITORIO DE ESPERANZA Y SACRIFICIO



Figura 1. El Gran Canal a la altura de la colonia Altavilla, Ecatepec.
Mayo de 2024. Foto de la autora.

Conocida como Gran Canal, esta zanja hoy se encuentra enclavada entre cientos de asentamientos urbanos al norte de la metrópoli. Pero anteriormente fue una zanja en medio de un paisaje rural y lacustre, al cual contribuyó a desagiar (ver Figura 2).

El Gran Canal de Desagüe comenzó a construirse a finales del siglo XIX, en 1886, y se inauguró en 1900, con la finalidad de drenar los cuerpos de agua localizados al norte de la ciudad que, desde incluso la época prehispánica, ocasionan las continuas inundaciones de la capital del país, su centro financiero, político y comercial. Aunque hoy día el paisaje a simple vista de la Zona Metropolitana del Valle de México nos habla más de casas, calles, vehículos, e industrias, que, de cuerpos de agua, esta zanja se encuentra asentada sobre lo que hasta el siglo XVIII era un sistema de cinco lagos que se interconectaban en temporada de lluvias y que se alimentaban de los escurrimientos de las sierras que rodean al valle, haciendo de éste una cuenca cerrada.



Figura 2. Aerofoto de la zona del Caracol en Ecatepec en 1940. En el extremo inferior izquierdo puede verse la zanja correspondiente al Gran Canal de Desagüe. Fuente: Compañía Mexicana de Aerofoto, S.A.

El Gran Canal hace parte de un proyecto de drenaje más amplio, al que se conoce como el Desagüe General del Valle, de cuarenta y ocho kilómetros; un sistema de canales y túneles (Figura 3) que se alimentaba no sólo de los ríos y lagos que atravesaba en su recorrido, sino también de un nuevo y moderno sistema de alcantarillado, inaugurado en 1903, que recogía las aguas pluviales y residuales de la ciudad y las vertía en la desembocadura del Gran Canal, que comenzaba en la puerta oriental (garita) de San Lázaro. Pero no fue del todo nuevo, se basó en, y amplió radicalmente, siglos de esfuerzos de la era colonial para expulsar el agua de la cuenca a través del Tajo de Nochistongo, su antecedente más inmediato y el más importante proyecto de desagüe colonial (Candiani, 2017; Chahim, 2021). Así, el Gran Canal hace parte de las infraestructuras

ECATEPEC Y SUS CUERPOS (DE AGUA) DESAPARECIDOS:
TERRITORIO DE ESPERANZA Y SACRIFICIO

hidráulicas que hicieron de ésta una cuenca abierta, conduciendo la acumulación de sus aguas residuales hacia el norte, en Zumpango, donde un túnel de 10 kilómetros termina de conducir las hacia el territorio vecino del estado de Hidalgo.

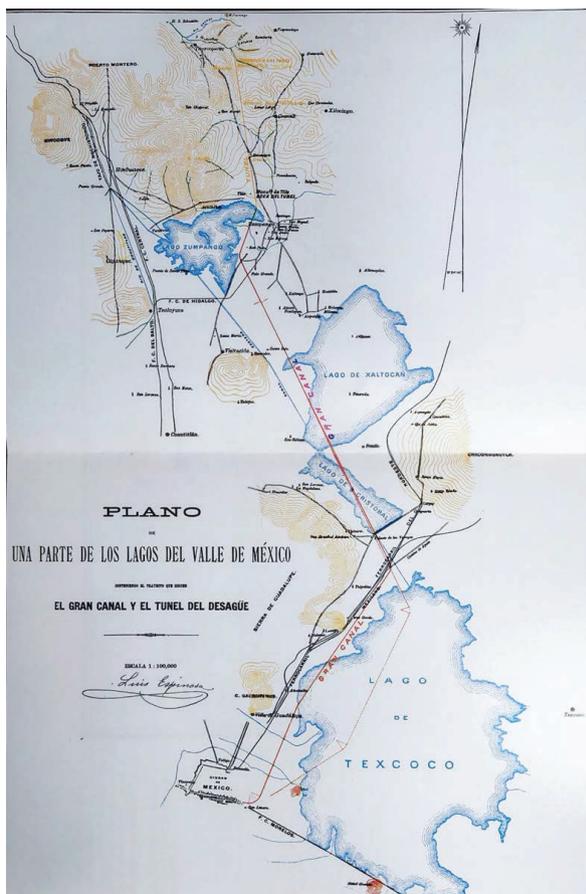


Figura 3. Plano del proyecto definitivo del Gran Canal de Desagüe c. 1900. El canal nace en San Lázaro, en el centro de la Ciudad de México, y se dirige hacia el norte, concluyendo en Zumpango, en el Estado de México, donde se perforó un túnel de 10 kilómetros que termina de expulsar las aguas hacia Tequixquiac.
Fuente: Dirección General de Obras Hidráulicas 1975.

Como ha argumentado Manuel Perló (1999), la construcción del Gran Canal representó la encarnación material de la “modernidad” prometida por Porfirio Díaz. En 1900, año en que fue inaugurada esta obra, Díaz declaró ante el Congreso: “se ha dado cima al ideal de tres siglos, salvando a nuestra capital de que la inunden sus lagos y de que la infestan, por falta de salida, sus propios desechos” (Legorreta, 1998: 42). De tal manera, esta zanja que hoy perdura a cielo abierto en el territorio del norte del valle, es una herida abierta que da cuenta de las violentas transformaciones ambientales de la cuenca de México, pero también de su historia social.

RECIBIR LAS AGUAS NEGRAS: UN RITUAL DE SACRIFICIO COTIDIANO

El sacrificio ha llamado la atención de los estudios antropológicos sobre todo al pensar la función social de los rituales de muerte que tienen como finalidad la resolución de un conflicto. Esta perspectiva establece que hay un acuerdo social que de alguna manera pacta un tributo que se debe hacer a cambio de un bien mayor a lo que se sacrifica y que se obtendrá a futuro, para mantener una especie de orden, ya sea social o sagrado (Mathur, 2013; Girard, 2005).

Como apuntan Silveira *et al.* (2017), esta definición básica del sacrificio guarda el mismo sentido que se ha usado para nombrar esos lugares que son considerados como descartables o socialmente vaciables en la medida que vaciarlos o contaminarlos supone alcanzar el ideal modernizador, el cual figura en este contexto, como el bien mayor y común que subyace, supuestamente, al pacto social.

Este fue el mismo sentido que tuvo la decisión de zanjar la zona norte del valle para verter por ahí los desechos de la ciudad, una zona que, para los ojos de sus impulsores y planificadores, a finales del siglo XIX, se definió como yerma, aislada, despoblada y, por tanto, sacrificable.

No obstante, si bien los cientos de asentamientos urbanos que hoy se encuentran a las orillas de los 29 kilómetros que este canal recorre en su paso por Ecatepec, no existían cuando éste se diseñó y construyó, aunque éste era un territorio habitado. Lo que se sacrificó fueron los lagos de Texcoco, San Cristóbal y Xaltocan; cuerpos de agua que a su vez eran aprovechados por los habitantes de pueblos como San Pedro Xalostoc, Santa Clara Coatitla, Santa María Tulpetlac y San Cristóbal Ecatepec, quienes recolectaban tequesquite (sal de tierra) del lecho de los lagos, cazaban aves de temporada, pescaban y recolectaban fauna y vegetación lacustres. El Gran Canal fue construido en las intermediaciones de los lagos antes mencionados, quedando a una distancia promedio de uno y tres kilómetros de las cabeceras de dichos pueblos, que además realizaban actividades agrícolas y ganaderas.

Si como Silveira *et al.* (2017) plantean, los territorios sacrificables “son el tributo necesario para lograr el desarrollo”, el norte del Valle de México se configuró como territorio de sacrificio cuando éste comenzó a ser zanjado para canalizar los desechos de la capital a finales del siglo XIX.³ Inclusive, si consideramos que éste ha sido uno de los proyectos que continúa la estela de esfuerzos por librar a la capital de las inundaciones desde la época colonial, es preciso plantear que se configuró como territorio de sacrificio desde la Colonia.

No obstante, su historicidad, el recibimiento de las aguas negras, es un ritual moderno-colonial que se reitera en el presente.

³ Vale la pena mencionar que, debido al hundimiento diferencial del suelo de la cuenca, se perdió la pendiente natural que hacía fluir por gravedad las aguas negras del gran canal. Así que éste dejó de cumplir con su función eficientemente tan sólo tres décadas después de haber sido inaugurado, por lo que, necesitado de ayuda para expulsar las aguas de una creciente ciudad, en la década de 1960 se comienza a construir el Sistema de Drenaje Profundo. El Emisor Central de este sistema, con una longitud de 68 km, implantado a una profundidad de hasta 250 metros bajo la superficie de la tierra, se inauguró en 1975.

El antropólogo Dean Chaim (2021) ha documentado cómo las colonias interceptadas en el cruce del Gran Canal y el Río de los Remedios (otro flujo de aguas negras de la ciudad), son “sacrificadas” en la actualidad por decisiones técnico-políticas sobre la apertura y cierre de compuertas del drenaje, que en situaciones particulares, sobre todo de lluvias intensas o fallas del sistema, han ocasionado múltiples y dramáticas inundaciones en las colonias populares, sobre todo al norte de la metrópoli, resguardando en cambio a zonas económicamente más favorecidas.

Sin embargo, aunque no siempre inundan a las colonias vecinas, el recibimiento de aguas negras es una práctica cotidiana. Podríamos pensar entonces que esta cotidianidad y regularidad las hace perder su sentido de ritualidad y por lo tanto de sacrificio, desde la perspectiva del análisis antropológico predominante. Pero, si en cambio pensamos, con Eagleton (2018), al sacrificio más allá de lo religioso, éste es una cuestión de poner la vida de alguien por debajo de las demás, y, por lo tanto, no es principalmente una cuestión de observancia religiosa, sino un asunto ético-político (Eagleton, 2018: 30).

De ahí que propongo pensar el desecho de las aguas negras en Ecatepec como un ritual político de sacrificio moderno-colonizador que, además de ocurrir en momentos “rituales” espectaculares, como las inundaciones de colonias enteras, también sucede sutil y veladamente a diario, junto a los efectos de otras formas que ha cobrado el sacrificio de este territorio en otras épocas, por ejemplo, en relación a su configuración como cinturón industrial de la ciudad.

Si, todavía a mediados del siglo XX, sobre todo durante época de lluvias, la flora y fauna lacustre se hacían presentes en lo que quedaba del lago de Texcoco, la laguna de San Cristóbal y de Xaltocan (había patos, chichicuilotos y abundante tequesquite), a partir de la primera mitad del siglo XX, este espacio se transformó de forma vertiginosa a través de un fuerte proceso de industrialización y urbanización.

SUELO AGRESTE, SUELO BARATO

Durante las primeras dos décadas del siglo XX, con un suelo inundable y fangoso en época de lluvias, y con uno salitroso y seco en estiaje, las tierras al norte del valle se consideraban terrenos con pocas condiciones para la formación de asentamientos humanos (Espinoza, 2010). Sin embargo, en menos de cincuenta años, de esos terrenos nació el área oriente del actual municipio de Ecatepec, conocida también como la V zona del vaso del lago de Texcoco, que también dio pie al nacimiento del municipio de Nezahualcóyotl.

Cuando el monumental proyecto del Desagüe General del Valle comenzó a surtir efecto, la desecación del lago de Texcoco provocó amplias áreas de tierras secas que contenían altas concentraciones de sal (Vitz, 2018). En época de secas el salitre que se concentraba en la capa superior del lecho lacustre era fácilmente removible, y, con los vientos del norte, el área se convertía en un territorio de remolinos y tolvaneras de tierra que oscurecían el entorno y gran parte de la Ciudad de México. Esta situación presentó al lago durante las primeras dos décadas del siglo XX, de nueva cuenta, como un problema higiénico para la capital. Fue así que los primeros gobiernos revolucionarios se ocuparon una vez más de “solucionar” el problema del (lecho del) lago.

En el lado oriente del Gran Canal se plantearon proyectos agrícolas (1919) y piscícolas (1921). Mientras tanto, en el lado poniente del Gran Canal, se llevaron a cabo entre los años 1928 y 1929 la dotación de tierras ejidales a los antiguos pueblos de San Pedro Xalostoc, Santa Clara Coatitla, Santa María Tulpetlac (Vitz, 2018). Asimismo, las tierras ganadas a la laguna de San Cristóbal dieron pie al ejido del mismo nombre y en 1934, se dota de tierras comunales al pueblo de Guadalupe Victoria, teniendo también ambos pueblos como límite al Gran Canal de Desagüe.

Si bien el proyecto del reparto agrario y el de la pretendida vocación productiva del lecho del lago eran loables, el proceso que se dio en el deslinde, bonificación y venta de los terrenos fue un caos, debido a los diversos procesos de deslinde y venta que sufrió el te-

ritorio, y a la falta de claridad y acuerdo respecto al uso que tendrían. Mientras que el gobierno federal proyectó la construcción de un Parque Agrícola articulado a la Ciudad de México, el gobierno del Estado de México desde 1929 empezó a ceder derechos de posesión de terrenos a militares, empleados de gobierno y personalidades que adquirieron algunos de esos terrenos a muy buen precio, supuestamente con la intención de bonificarlos.⁴ Finalmente, el proyecto del gobierno del Estado de México se sobrepuso al del gobierno federal conduciendo al fraccionamiento y uso urbano del área.

El área desecada y distribuida a particulares, militares y burócratas, no fue bonificada, por lo que con la “venta” a individuos concretos, se incrementó la cantidad de tierra que de facto pasaba a ser propiedad privada, facilitando el fraccionamiento de la tierra, su incorporación al mercado inmobiliario urbano o a las dinámicas de clientelismo político años después y, con ello, a la creación de las primeras colonias y/o fraccionamientos considerados como “irregulares”.

Según Maribel Espinosa (2010), muchos fueron los factores y condicionantes que impulsaron desde esta época el crecimiento urbano densificado del actual territorio de Ecatepec. Por un lado, la incapacidad del estado para llevar a cabo la bonificación de las tierras del ex lecho del lago; paralelo a esto, la oportunidad que vislumbraron algunos fraccionadores (muchos de ellos políticos y militares del partido del estado) de obtener buenas ganancias, económicas y políticas, con la venta o negociación de suelo urbano. Por otra parte, las restricciones a la creación de nuevos fraccionamientos en el Distrito Federal mientras en la década de los años cincuenta aumentaba la demanda de suelo urbano por parte de los migrantes que llegaban a la capital, fue también un contexto importante.

⁴ Según Espinosa (2010), se vendían lotes de 40 hectáreas, una persona podía adquirir hasta 2 lotes, el valor por hectárea de terreno era de 1.00 por hectárea, precio que se había fijado para facilitar “el acomodo de los lotes”. Y si ya de por sí los precios de venta eran prácticamente irrisorios, a ello se sumaba el precio de un 1.00 peso que se cobraba por impuesto predial, tarifa que se cobraría en los siguientes 20 años.

Sin embargo, junto al intenso proceso de industrialización que tuvo Ecatepec en los años cincuenta, fue la disponibilidad de suelo barato, como dije arriba, dado que se consideraba que éste tenía muy pocas condiciones físicas para la formación de asentamientos humanos, la circunstancia más importante para que se dieran los primeros procesos de urbanización popular al nororiente de la ciudad.

(DES) INDUSTRIALIZACIÓN: “AQUÍ HABÍA TRABAJO Y LA FORMA DE HACERSE DE UN LUGAR DONDE VIVIR”

Las acciones de fraccionamiento del lecho del lago de Texcoco estuvieron unidas a una política estatal que durante las décadas de los cincuentas y sesentas favorecieron la localización industrial en el municipio mediante la construcción de carreteras, corredores industriales, vías ferroviarias, exención de impuestos, control salarial y aprovechamiento de la mano de obra, lo que modificó de manera profunda y en relativamente pocos años la situación socioeconómica, la política, la organización espacial, el paisaje e incluso los modos de vida familiares de los antiguos pueblos del municipio.

Para Maribel Espinosa (2010) el punto de quiebre con respecto al viejo modo de vida rural se puede situar en el 1943, cuando, producto de la promoción del desarrollo industrial, se instala la fábrica Sosa Texcoco, la paraestatal que explotó industrialmente el lecho del lago para obtener sosa cáustica. Con ello se sientan las bases del proceso de industrialización del municipio, con políticas de exención de impuestos a las nuevas industrias, que fueron sobre todo de la rama química.

En las décadas siguientes se instalarán industrias como Aceros Ecatepec (establecida en 1951), Química Hoechst (1957), Compañía Industrial de San Cristóbal (1951) y Basf Mexicana, S.A. (1964), todas ellas a las orillas de la red de ferrocarril que asimismo corría paralela o muy cercana al trazado del Gran Canal de Desaguie, el lugar en el que desde entonces vierten sus desechos estas industrias.

La magnitud del emplazamiento de estas nuevas empresas, hizo del municipio uno de los más industrializados del país en aquella época. Esto trajo aparejado, durante las décadas de los cincuenta hasta los ochenta, el incremento de la densidad poblacional. Durante la década de 1950, el municipio de Ecatepec contaba con 15,226 habitantes, la mayor parte del territorio se destina al uso agrícola. Entre 1960 y 1970, pasó de 40,815 a 216,408 habitantes (Araiza, 2016). Es importante anotar que alrededor de los corredores y parques o fraccionamientos industriales crecieron, desde los años cincuenta, algunas de las primeras colonias populares de Ecatepec, de manera similar como ocurrió con las colonias del ex Vaso de Texcoco (Bassols y Espinosa, 2011) (Ver Figura 4).



Figura 4. La zona industrial de Xalostoc, en Ecatepec, en el año de 1963. Comienzan a verse los primeros asentamientos urbanos a las orillas de Gran Canal y el cinturón industrial, aunque es predominante aun un paisaje rural en el lado oriente del canal, en el vaso del lago de Texcoco.

Como muchos de los testimonios de las personas de las colonias vecinas al Gran Canal comparten, Edgar, un hombre de 75 años, habitante de la colonia San Miguel Xalostoc, quien llegó a mediados de la década de los sesenta a Ecatepec y consiguió relativamente fácil un empleo en Aceros Ecatepec, resume la decisión de establecerse aquí con la siguiente frase: “Aquí llegamos sin un peso en la bolsa, pero había trabajo y la forma de hacerse de un lugar donde vivir”.

Durante este periodo de industrialización, que se inicia en los años cuarenta y se consolida en los setenta del siglo pasado, uno de los símbolos distintivos de la vida urbana en Ecatepec está estrechamente ligado a una cultura obrera y organización sindical. Así, los sindicatos más importantes llegaron a tener un peso político relevante en el ámbito tanto en las luchas sociales regionales como en el propio gobierno municipal. Tal como lo han documentado Bassols y Espinosa (2011: 138):

[...] en el auge del proceso industrializador, el presidente municipal emergía de la representación sindical de Sosa Texcoco. La fuerza y el peso sindical concentrado en empresas como Aceros Ecatepec, Aceros Tepeyac, Alcan Aluminio, le producían puestos en la administración municipal (regidurías, la jefatura de la policía local, entre otros).

Esta política anclada a una cultura sindical corporativa y clientelar estuvo marcada por la mancuerna de la Confederación de Trabajadores de México y el Partido Revolucionario Institucional (PRI), lo cual fue una constante hasta bien entrada la década de los ochenta, época en la que el municipio se concibe, según Bassols y Espinosa (2011: 139), principalmente como “un centro de gestión de intereses de grupos caciquiles y de partido, con un débil componente de participación ciudadana genuina”.

A lo largo de las décadas de los ochenta y noventa, el municipio atraviesa por una fase de agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, que tuvo efectos a nivel nacional, y que en Ecatepec

se tradujo en el cierre de empresas, el desmantelamiento de organizaciones sindicales obreras y, por lo tanto, la pérdida de centralidad del proceso industrializador en el municipio, es decir, se trata, en síntesis, de un largo reacomodamiento dentro del nuevo modelo de economía neoliberal que da lugar a una fase actual, en la que Ecatepec y otros municipios de la zona metropolitana se integran de manera consistente a los procesos de la economía global. Esto se ha reflejado sobre todo en el decrecimiento del trabajo salariado y la creciente ocupación laboral en el sector informal y de los servicios.

Si bien no ha desaparecido del todo la estructura industrial que caracterizó el boom del municipio durante varias décadas, ésta se ha vuelto más flexible e inestable, provocando la precarización del trabajo de quienes en ella se emplean, pero también la precarización del entorno. En la actualidad, permanecen instaladas algunas de las grandes fábricas de antaño, todas ellas a las orillas del Gran Canal, a donde siguen vertiendo sus desechos industriales y empleando a muy poca parte de la población circundante bajo modalidades informales o bien con condiciones precarias.

No obstante que la industria no figuró más como columna vertebral de la economía del municipio, la cultura sindical corporativa y clientelar, así como los grupos caciquiles que se consolidaron en las décadas anteriores, se rearticularon en torno a las necesidades de la creciente población del municipio, pues, aunque la industria no se desarrolló más, eso no fue desincentivo para la densificación poblacional. Fue así que el acceso a la vivienda, el transporte público, el abasto y distribución de agua potable, así como el manejo de residuos, se convirtieron en algunos de los nuevos nichos de poder de las organizaciones sindicales que hoy día continúan teniendo una gran influencia en la política municipal y que, según investigaciones periódicas y de la Fiscalía General de Justicia del Estado de México, se encuentran fuertemente imbricadas con organizaciones criminales que operan en la región (Rodríguez, 2024).

Otro de los efectos de este proceso de industrialización ha sido la masculinización del espacio. Como Linda McDowell ha señalado (2000: 101), “el espacio y el lugar son sexuados y tienen un

carácter de género, y las relaciones de género y la sexualidad están, a su vez ‘espacializadas’”. En este sentido, la zona industrial que se fue perfilando a las orillas del Gran Canal, así como de la infraestructura ferroviaria que corre paralela a ésta, fue un espacio hecho para las relaciones sociales de producción y el tránsito de mercancías, mas no para las actividades de reproducción social y “por su carácter relativamente estable, la arquitectura, tiende a reflejar las relaciones de género de épocas pasadas” (McDowell, 2000: 173) (Ver Figura 5).



Figura 5. Bodegas industriales a la orilla del Gran Canal, mayo de 2024.
Foto de la autora.

Para el caso de Ecatepec, hablo de un espacio masculinizado materializado en un ensamblaje de bodegas industriales, filas de tráileres y camiones de carga, puentes vehiculares, infraestructuras hidráulicas abandonadas y una presencia ambigua de elementos

policiales que, en conjunto, hacen de los alrededores del canal una zona hostil e insegura, sobre todo para las mujeres.

Podríamos decir que un de las premisas para la producción de territorios de sacrificio es la sexualización del espacio. Sin duda, las formas arquitectónicas de esta parte del municipio dan cuenta del orden patriarcal a partir del cual fue construido éste como territorio de sacrificio, no sólo en términos simbólicos, sino también materiales. Hablamos de la predominancia de infraestructuras funcionales para la producción, el transporte y consumo de mercancías, así como para su desecho, en detrimento de infraestructuras para el cuidado de la vida, tanto humana como no-humana: escasea el agua potable, también las áreas verdes, las plazas públicas, inclusive los puentes peatonales para cruzar el canal.

Sin embargo, las personas han buscado la manera de continuar reproduciendo la vida en medio de este lugar hostil. Un ejemplo de ello son los asentamientos considerados como informales que se siguen estableciendo en predios de propiedad federal a las orillas del Gran Canal y en el derecho de vía de la infraestructura ferroviaria. Como lo mencionaba Edgar, para la época en que el llegó al municipio, podríamos decir que, en Ecatepec, hasta la fecha, siempre hay manera de “hacerse de un lugar donde vivir”. No obstante, inclusive estas maneras (in)formales de apropiación del espacio para la vivienda, continúan sujetas a las dinámicas del sindicalismo clientelar, ahora cada vez más coludido con el crimen organizado. Sin duda, este último ha venido a reconfigurar en gran medida este, ya de por sí, territorio de sacrificio.

DE CUERPOS DE AGUA A CUERPOS HUMANOS DESAPARECIDOS

Ecatepec ha registrado en los últimos años uno de los mayores índices de extorsiones, secuestros y homicidios a nivel nacional. Según Patrick Corcoran (2017), de la organización Insight Crime,

y otras investigaciones periodísticas como la de Zedrick y Ángel (2020), los años 2011 y 2015 fueron un parteaguas en la intensificación de hechos delictivos y la violencia criminal, debido a una reorganización geopolítica de las estructuras criminales en todo el territorio nacional, ocasionada por la guerra contra el narco implementada en el periodo presidencial de Felipe Calderón (2006-2012). En este sentido, se habla de que las dos estructuras criminales que controlaban el territorio se fueron fragmentando y los grupos independientes que se formaron, además de pelear por el territorio, comenzaron a diversificar sus actividades ilícitas, como el secuestro, la extorsión, el narcomenudeo, la trata de personas, el cobro por derecho de piso, entre otros. De tal manera, a la precarización del trabajo, la vivienda y los problemas ambientales a los que se enfrenta la población del municipio, se ha sumado la ansiedad y preocupación ocasionada por la percepción de inseguridad que impregna la vida cotidiana de la mayoría de las personas.

En este contexto, según datos del Instituto Mexicano de Derechos Humanos y Democracia [IMDHD] (2024), los casos de desaparición en el Estado de México comenzaron a aumentar en el 2007, siendo el 2023 el año con la mayor concentración de casos, con 1,889 personas que continúan desaparecidas. A partir del 2016, salvo los años 2018 y 2019, los casos registrados se han mantenido por encima de las quinientas personas desaparecidas por año, que en total suman una cantidad de 12,399, registradas hasta mayo de 2024 (IMDHD, 2024). Esto coloca a esta entidad en el tercer lugar nacional con más casos de personas desaparecidas y, a su vez, en el primer lugar en cuanto al mayor número de casos de mujeres jóvenes y niñas desaparecidas de todo el país (IMDHD, 2024).

Según datos de la “Cartilla sobre la violencia contra las mujeres en el Estado de México”, elaborada por el Colectivo Mariposas Buscando Corazones y Justicia Nacional [CMBCJN] en colaboración con el Instituto Mexicano de Derechos Humanos y Democracia [IMDHD] (2022), los municipios que contienen a más mujeres desaparecidas y no localizadas desde 1962, año de la creación del Registro Nacional de Personas Desaparecidas y No Localizadas

(RNPDO), hasta el año 2022, son: Atlautla (1,044), Toluca (327) y Ecatepec (315), Nezahualcóyotl (224), Chimalhuacán (147), Chalco (141), Tecámac (105). Con excepción de Atlautla, todos los demás municipios se localizan al nororiente de la entidad, son vecinos de Ecatepec.

De tal manera, estos municipios cuentan con Alertas de Violencia de Género contra las Mujeres. Ecatepec tiene una por violencia de género expedida en el año 2015 y otra declarada en el año 2019 por desaparición de mujeres, adolescentes y niñas (I(DH)EAS, 2018; Reyes-Díaz, 2017). En este sentido, cabe resaltar que, del total de 4,974 mujeres desaparecidas registradas desde 1969 hasta el 2022, la mayoría de ellas, 1 420, son adolescentes (15-19 años), siendo éste el grupo más vulnerable. En el segundo grupo en esta escala se encuentran las niñas (10-14 años), con 691 casos de mujeres desaparecidas; y el tercero es ocupado por las adultas jóvenes (20-24 años), con 487 casos registrados (CMBCJN y IMDHD, 2022).

De cara esta crisis, en años recientes, colectivos de familiares, sobre todo conformados por mujeres que buscan a sus personas desaparecidas, han identificado que los canales, desagües y pozos son lugares propicios para ocultar a una persona, y como he venido señalando en este texto, de esos lugares, el nororiente de la ciudad se encuentra repleto.

Desde hace por lo menos diez años estos colectivos solicitan a la fiscalía y llevan a cabo búsquedas en los múltiples canales de aguas negras que atraviesan varios municipios del norte del Valle de México, sobre todo en algunos puntos del Gran Canal de Desagüe que atraviesa Ecatepec y Tecámac, la Laguna de Zumpango en Tequixquiac, así como el Río Lerma y el Río de la Compañía en los límites de Nezahualcóyotl y Chimalhuacán (Figura 6). Estos lugares responden también a los municipios con más altos índices de mujeres y niñas desaparecidas en el Estado de México.

Las partes de cuerpos que han sido hallados entre estos canales, sin embargo, pueden haber llegado desde lugares distantes, pues los flujos de agua que recorren estas aguas traen consigo, desde distintos puntos, una gran cantidad de desechos, entre los que

muchas veces se encuentran estos hallazgos de partes de cuerpos humanos. El informe de I(DH)EAS (2018: 51) especula que el patrón, tanto temporal como espacial, que sigue la concentración de casos de mujeres jóvenes y niñas desaparecidas en la entidad, apuntan hacia la existencia de un circuito o cordón que se articula a los municipios de Ecatepec, Nezahualcóyotl, Toluca, Cuautitlán Izcalli y Chimalhuacán, precisamente aquellos con el mayor número de organizaciones criminales. De esta manera, estudios como el de la organización I(DH)EAS (2018) y la Red por los Derechos de la Infancia en México (2021), han sugerido que el fenómeno de la desaparición puede estar fuertemente vinculado, junto al feminicidio, a la trata de personas, sobre todo de migrantes, niñas y adolescentes, para fines de explotación sexual, actividades criminales o adopción ilegal.



Figura 6. Personas del colectivo “Madres buscando a sus hijxs” en jornada de búsqueda en el Canal de Cartagena (afluente del Gran Canal), en la colonia Potrero del Rey, Ecatepec. Marzo de 2024. Fuente: La Jornada.

En este sentido, más que encasillar a la población del municipio en el nicho de la criminalidad, es preciso vincular, en primer lugar, el aumento de la violencia con una estrategia geopolítica del nuevo

orden de acumulación de capital, basado en una economía criminal, pero que implica agentes del estado, el cual opera en y más allá de este municipio, en donde se ha afianzado, dada las condiciones de precarización del entorno y de la población.

DEL TERRITORIO AL CUERPO (RE)PATRIARCALIZADO

¿Podemos encontrar vínculos entre la desaparición de los antiguos cuerpos de agua del norte del Valle de México y estos cuerpos humanos desaparecidos y buscados más recientes? Más que dar una explicación causal y estructural de la violencia, particularmente feminicida que hoy hace parte de la cotidianidad del municipio, me interesa compartir elementos de reflexión desde una perspectiva situada, la cual implica el ejercicio de responder, de cierta forma, a esta pregunta. Volveré a la escena etnográfica con la que abrí este texto: el proceso de desalojo de aguas no había cobrado ante mí la cara de la violencia hasta que la sentí en el cuerpo, hasta que se inscribió en cuerpos concretos. En este sentido, planteo que en los cuerpos de estas personas que buscan, son buscadas y aquellas que son encontradas sin vida en los canales, se inscribe y sedimenta la historia de despojos y violencias múltiples, por medio de las cuales ha sido construida esta periferia de la ciudad. Cada una de las historias de las personas desaparecidas y las familias que las buscan tienen un trasfondo histórico-político, así como una colocación específica en la estructura de jerarquizaciones y poder.

Como he venido insistiendo, Ecatepec ha sido construido como territorio de sacrificio, como otredad desechable, pero este proceso ha tenido efectos diferenciados, según qué cuerpos, leídos en términos de clase y género. En este sentido, y siguiendo al Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo (en adelante Colectivo Miradas Críticas), Ecatepec, además de ser producido históricamente como territorio de sacrificio, en tanto los cuerpos de agua que desaparecieron para darle lugar, también se ha

(re)patriarcalizado, en tanto “la naturaleza así como los cuerpos –y en particular los femeninos– aparecen como espacios cosificados, apropiables y sacrificables para ser puestos al servicio de la acumulación de capital” (Colectivo Miradas Críticas, 2017: 70).

En este sentido, la categoría cuerpos es clave para comprender la producción de Ecatepec como territorio de sacrificio, pues el cuerpo no solamente ocupa un espacio, el cuerpo es espacio y “como los cuerpos, también los espacios tienen siempre un sexo y están insertados en una operación constante de sexualización territorial” (Marchese, 2019: 31). Para el Colectivo Miradas Críticas (2017: 70) esto implica que “la violencia, el acoso sexual y el control social del cuerpo de las mujeres forman parte de imaginarios patriarcales que se potencian con la penetración de las actividades extractivas” y, en el caso que aquí nos ocupa, también con las actividades de desechabilidad.

Así, a medida que Ecatepec se ha transformado ambiental y socioeconómicamente, se ha configurado también un nuevo orden patriarcal, sustentado sobre todo por el aumento de la actividad criminal, que confluye, profundiza y reactualiza su existencia. Presenciamos una nueva fase de acumulación capitalista donde la configuración de este territorio se ha convertido no sólo en ecocida sino también feminicida. Ya no sólo hablamos de cuerpos de agua que han sido borrados, sacrificados, sino también de cuerpos que son desaparecidos y sólo algunos encontrados sin vida.

Parafraseando a Marchese (2019: 22), el territorio se masculiniza en el momento de territorialización del capital y se feminiza en el momento de la reconquista, de la reterritorialización del capital. Un movimiento dialéctico que guarda sentido solo en el marco de la dicotomía cartesiana cuerpo/mente, que funda el orden patriarcal, en la que el cuerpo es naturaleza, es lo femenino, mientras la mente es cultura, es la civilización, es lo masculino. Lo que confirma que: “el límite y la superficie de los cuerpos están también construidos políticamente” (Butler, 2011), como políticamente está construido el espacio.

En este mismo sentido, la antropóloga Rita Sagato (2018) ha planteado, para el caso de los feminicidios en Ciudad Juárez, que la violencia contra las mujeres no es solo un acto criminal individual,

sino una forma de comunicación y control social. Ella argumenta que los cuerpos de las mujeres asesinadas se convierten en un “territorio” donde se inscriben mensajes de poder y dominación por parte de un “segundo estado”, es decir, por parte de una estructura de poder paralela al estado formal, que incluye actores no estatales como el crimen organizado, redes de corrupción, y otros grupos que ejercen control y violencia en la sociedad.

Si bien, podemos hablar de este mismo propósito para el caso de las desapariciones y feminicidios en Ecatepec, lo que quiero plantear, en diálogo con los feminismos comunitarios latinoamericanos (Cabnal, 2010; Comunidad de Mujeres Creando Comunidad, 2014), es que el cuerpo, además de sustrato donde inscribir, es memoria y, como tal, cuenta continuamente nuestra historia acumulada, por lo que no son sólo las violencias del nuevo orden patriarcal y criminal, o del “segundo estado” las que se inscriben en los cuerpos desaparecidos y encontrados sin vida, sino toda una genealogía de violencias previas sedimentadas en ellos. En palabras de Marchese:

el continuum de violencia que se acumula en nuestros cuerpos señala una trayectoria que, más que ser un punto en el mapa de la violencia, es el mismo territorio que se vuelve espacio en el mapa. Nos volvemos la misma representación que hicieron de nosotras, el mapa que nos dibujaron encima, la identidad que nos asignaron (Marchese, 2019: 13).

REFLEXIONES FINALES. HABITAR LA PERIFERIA, ENTRE EL MIEDO, PERO TAMBIÉN LA ESPERANZA

A lo largo de este texto he desarrollado el proceso histórico por el cual el municipio de Ecatepec de Morelos ha sido producido como territorio de sacrificio. En este sucinto repaso histórico he mostrado que, si bien las antiguas personas que habitaron este territorio rastreaban fauna y flora en los antiguos cuerpos de agua que han

desaparecido, y recolectaban tequesquite de su lecho, hoy día, rastrear a sus propios seres queridos desaparecidos en lo que queda de estos cuerpos de agua ausentes, convertidos en aguas negras, es una de las formas en las que actualmente algunos habitantes de Ecatepec y municipios vecinos se relacionan con su entorno (Torres y Smith, 2023) (Figura 6).

Estos flujos de agua negra que transportan cuerpos de agua que no lo son más, pueden ocultar también otros cuerpos ausentes que, al hallarlos, permiten, si no del todo justicia, sí la certeza de saber el destino de muchas personas desaparecidas. “Buscar entre el lodo” es una frase que usan constantemente las personas de los colectivos de búsqueda para transmitir el sentimiento de humillación e indignación que provoca buscar con sus propias manos, sus propios medios y recursos, y con el mínimo apoyo del estado, a sus personas desaparecidas. Para estas madres, si la desaparición en sí misma y la indiferencia, omisión y muchas veces complicidad del estado, es una situación injusta e indignante, estar buscando entre el lodo, en los desechos de la ciudad, hace de esta situación algo todavía peor. Pero al mismo tiempo, el lodo acumulado y esas aguas negras son espacios de “posibilidad”, de “esperanza”, como menciona una de las líderes del colectivo Madres buscando a sus hijxs:

nosotros tenemos la ventaja [a diferencias de los colectivos que buscan al norte del país] de que la búsqueda puede reducirse a estos puntos donde se sabe que se suelen aventar cuerpos [...] en los lugares donde se acumulan las aguas y los desechos, porque como que se atorán y por eso es posible realizar búsquedas ahí.

Entonces, ¿es posible pensar a estos flujos de aguas negras como lugares tanto de sacrificio como de esperanza? Lo que he mostrado a lo largo de este texto, nos permite ver que el caso de Ecatepec muestra algo diferente en cuanto a la configuración de los territorios de sacrificio estudiadas por otros autores y autoras (Lerner, 2012; Silveira et al, 2017; Soliz Torres 2023). A diferencia

de industrias extractivas o contaminantes que llegan a desplazar o contaminar una población, en Ecatepec, de hecho, gracias a la construcción de la infraestructura que desecó y sacrificó los antiguos cuerpos de agua, es que fue posible que la gran mayoría de la población se estableciera allí. Es decir, Ecatepec fue habitada por los sectores populares ya siendo una zona de sacrificio que recibía los desechos de la ciudad. Esta cualidad hacía precisamente más asequible la vivienda en esta periferia para las olas de población vulnerable que arribaron aquí desde diversos estados de la república, e inclusive expulsados de la capital, y fundaron las primeras colonias populares del municipio. En ese sentido, lo que el caso de Ecatepec muestra es cómo algunas zonas de sacrificio también resultan en sí mismas zonas de esperanza para muchas poblaciones.

Es precisamente la dualidad de este territorio (sacrificio/esperanza) que los efectos cotidianos de habitar a las orillas de su herida más profunda, son la mayor parte del tiempo, normalizados. Habitar al filo de un tóxico cóctel de aguas negras no es una amenaza, o, mejor dicho, no lo es así todo el tiempo, ni para todas las personas por igual. Es algo tan cotidiano que, cuando hago trabajo de campo, la gente se intriga e incluso pregunta frecuentemente qué es lo que miro con tanta atención.

Se ha normalizado el fuerte olor a aguas negras que se hace más agudo durante la época de estiaje. Se ha normalizado cruzar de un lado al otro del canal a través de unas vías de ferrocarril en desuso sin adecuación para el paso peatonal o por puentes sin mantenimiento. Sobre el Gran Canal se espera la combi, el camión; se cruza a diario para ir a la colonia vecina. Lo olemos, pero muy pocas veces lo miramos, quizá porque de verle y olerle desde pequeñas/os, dejó de asombrarnos y sorprendernos, quizá también porque tenemos miedo de lo que podamos encontrar en él si miramos fijamente y que de esa manera nuestro hogar se vuelva todavía más hostil.

Quizá intentamos normalizar la muerte y la devastación precisamente porque nos encontramos arraigadas a este territorio-cuerpo, porque, así como la violencia, nuestra esperanza también radica aquí. Las mujeres (madres, hermanas, esposas, hijas) que

buscan a sus personas desaparecidas entre estos flujos de aguas negras, así como las colectivas de mujeres y disidencias que han emergido con fuerza en Ecatepec desde hace algunos años, ponen en evidencia el arte de organizar las esperanzas, aun cuando la inercia es normalizar. “Tienes que convencerte, a ti misma, de que tienes más esperanza que miedo”, me compartió una de las mujeres del colectivo Madres buscando a sus hijxs, cuando conversábamos sobre la fuerza de las mujeres que rastrean entre el cúmulo de lodos y desechos.

¿Como convencernos de que hay más esperanza que miedo? Tratando de responder esta pregunta, creo que desde nuestros contextos urbanos tenemos mucho más que dialogar con los feminismos comunitarios latinoamericanos, no en el ánimo de romantizar nuestros territorios, sino por el contrario, para dar sentido a las violencias, hablando desde nuestras propias experiencias cotidianas, corporales y espacializadas; para reencontrarnos con nuestros cuerpos y experiencias habitando un territorio hostil que nos insiste en desvincularnos de él. Ir del territorio al cuerpo y viceversa, posibilitaría reapropiarnos de nuestro territorio, como lo plantea Marchese (2019: 31), pues “cada cuerpo tiene una historia y una geografía distinta, pero es necesario un proceso colectivo para reconocer el territorio y reapropiarlo para su rehabilitabilidad”, lo cual no invalida la exigencia de cuentas y acciones al estado, más bien, potencia esta demanda.

Hablo desde mi experiencia situada, como mujer nacida y criada en Ecatepec, pero también como investigadora universitaria que hace algunos años habita al sur de la Ciudad de México y que sólo viaja cada fin de semana a este municipio a visitar a su familia y a “hacer trabajo de campo”. Es por ello que, quizá, lo que escribo no tenga sentido para muchas mujeres de Ecatepec o no coincidan con ello. Pero, como he venido desarrollando a lo largo de este texto, en mi propia experiencia, pasar de pensar a Ecatepec como territorio plano, geométrico, sin textura, hacia un territorio, con memoria corporal y memoria histórica, lo ha recreado para mí no sólo como un territorio producido violentamente,

sino también como un territorio de esperanza; me ha reconectado, reconciliado y comprometido con el lugar donde crecí. En el cuerpo no sólo queda atrapada la memoria del dolor, las emociones y sentimientos de angustia, miedo y coraje, sino también las alegrías, los arraigos, los consuelos, los cariños, los sueños. Es por eso que el cuerpo-territorio puede ser también el lugar de sanación personal y colectiva, pues, como Lorena Cabnal lo ha planteado: “el cuerpo es el primer lugar de enunciación, el lugar para ser sanado, emancipado, liberado, el lugar para recuperar y reivindicar la alegría” (Cabnal citada en Gargallo, 2012, p. 153).

REFERENCIAS

- Bassols, M. y Espinosa M. (2011). “Construcción social del espacio urbano: Ecatepec y Nezahualcóyotl. Dos gigantes del oriente”. *Polis*, 7(2), 181-212.
- Butler, Judith, (2011) *Bodies that Matter. On the Discursive Limits of Sex*. London: Routledge
- Cabnal, Lorena (2010) “Acercamiento a la construcción del pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala” en Lorena Cabnal y Asociación para la Cooperación con el Sur, *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. ACSUR-Las segovias. <https://porunavidavivible.files.wordpress.com/2012/09/feminismos-comunitario-orena-cabnal.pdf>
- Chahim, Dean (2021). *Flood Control Politics: Engineering, Urban Growth, and Disaster in Mexico City*, tesis de doctorado en antropología, Stanford University, Stanford.
- Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo (2017). (Re) patriarcalización de los territorios. La lucha de las mujeres y los megaproyectos extractivos. *Ecología Política*, 65-69.
- Comunidad Mujeres Creando Comunidad (2014). *El tejido de la rebeldía. ¿Qué es el feminismo comunitario?* La Paz: Moreno Artes Gráficas.
- Corcoran, Patrick (17 de abril de 2017) ¿Qué hay tras la violencia en Ecatepec, el sobrepoblado municipio del Estado de México?

- Insight Crime*. <https://insightcrime.org/es/noticias/analisis/que-hay-violencia-ecatepec-sobrepoblada-localidad-ciudad-mexico/>
- Eagleton, Terry. (2018). *Radical Sacrifice*. Yale University Press.
- Espinosa Castillo, Maribel (2010). *Ecatepec y Nezahualcóyotl: de suelos salitrosos a ciudades de progreso*, México, Gobierno del Estado de México.
- Gándara, Sugeyry Romina (2019) “Al menos 13 grupos, ligados a seis grandes cárteles, expanden sus tentáculos en tierra mexiquense”. Sin embargo, 2019.
- Gargallo, Francesca, (2012) *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América*. Bogotá: Ediciones desde abajo
- Girard, René. ([1972] 2005). *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- I(DH)EAS, Litigio Estratégico en Derechos Humanos, A.C. e Instituto Mexicano de Derechos Humanos y Democracia, A.C., (2018). *Diagnóstico: mujeres desaparecidas en El Estado De México. Investigación presentada para la solicitud de Alerta de Violencia de Género por Desaparición de niñas, adolescentes y mujeres en el Estado de México*. <https://www.idheas.org.mx/publicaciones-idheas/diagnostico-mujeres-desaparecidas-en-el-estado-de-mexico/>
- Instituto Mexicano de Derechos Humanos y Democracia (20 de agosto de 2024). Informe Nacional de personas desaparecidas 2024. <https://imdh.org/redlupa/informes-y-analisis/informes-nacionales/informe-nacional-2024>
- Instituto Mexicano de Derechos Humanos y Democracia y Colectivo Mariposas Buscando Corazones y Justicia Nacional (2022). *Atlas por las Mujeres: Cartilla Sobre la Violencia Contra las Mujeres en el Estado de México*. <https://www.imdh.org/wp-content/uploads/2022/12/atlas-mujeres.pdf>
- Legorreta Gutiérrez, J. (2006). *El agua y la Ciudad de México: de Tenochtitlán a la megalópolis del siglo XXI*. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, División de Ciencias y Artes para el Diseño, Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo.
- Marchese, G., 2019. *Del cuerpo en el territorio al cuerpo-territorio. Elementos para una genealogía feminista latinoamericana de la*

- crítica a la violencia. *EntreDiversidades. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 13, pp. 9-41. <https://www.redalyc.org/jatsRepo/4559/455962140001/html/index.html>, consultado el 18 de abril de 2021.
- McDowell, Linda, (2000) Género, identidad y lugar. Un estudio de las Geografías Feministas. Madrid: Cátedra.
- Perló Cohen, M. (1999). El paradigma porfiriano. *Historia del desagué del Valle de México*. UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales.
- Red por los Derechos de la Infancia en México (2021). *Desaparición de mujeres adolescentes, niñas y niños en el Estado de México y su vínculo con la explotación sexual o la trata de personas con ese u otros fines* (Informe de investigación). <https://comisionacionaldebusqueda.gob.mx/wp-content/uploads/2023/06/3.-Diagnostico-Estado-de-Mexico.pdf>
- Reyes-Díaz, I. (2017). Cuerpos-territorios despojados: escenarios de la violencia feminicida y desaparición en Ecatepec, nororiente del Valle de México. *Bajo el volcán*, 18(27), 45-68.
- Rodríguez, Mario (02 de junio 2024). Fiscalía de Edomex detecta hasta 9 sindicatos vinculados con extorsión, homicidios y secuestros. Milenio. <https://www.milenio.com/policia/fiscalia-identifica-sindicatos-delictivos-en-el-estado-de-mexico>
- Segato, Rita (2008) "La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez: territorio, soberanía y crímenes de segundo estado" en *Debate Feminista*, vol. 37, núm. 19, pp. 78-102.
- Silveira, Manuela M.M., et al (2017). "Geografías de sacrificio y geografías de esperanza: tensiones territoriales en el Ecuador plurinacional." *Journal of Latin American Geography*, vol. 16, no. 1, 69-76.
- Soliz Torres, M. Fernanda (Coord). (2023). *Territorios en sacrificio: comunidades basurizadas*. Universidad Andina Simón Bolívar.
- Torres Carroll, V. (2022). Riesgo de feminicidio en Ecatepec, Estado de México (2015-2019): Una aproximación a la vulnerabilidad desde la geografía feminista, Undergraduate Thesis. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Torres, María y Smith L. (2023). "Deep Forensics for a More-than-Human Justice." *Antípoda*. Revista Antropología doi.org/10.7440/antipoda50.2023.08

Vitz, Matthew. (2018). *A City on a Lake. Urban Political Ecology and the Growth of Mexico City*. Durham: Duke University Press.

Zedrick, Raziél y Arturo Ángel (24 de septiembre de 2020). 26 grupos criminales operan en Edomex; Cártel Jalisco y la Familia Michoacana disputan la entidad. *Animal Político*. <https://www.animalpolitico.com/2020/09/26-grupos-criminales-operan-edomex-cjng-familia-michoacana-disputan-entidad>